

¿QUÉ PODEMOS ESPERAR DE LA BIOÉTICA?

Hernán Rodríguez Castelo¹

RESUMEN

Acudir para fundar juicios éticos al decálogo supone ideas que no acepta buena parte de la humanidad, partiendo de la misma existencia de Dios. Hace falta pues buscar cimientos más universales, más racionales y críticos. Sobre esos cimientos debe asentarse lo que la humanidad llama ética. Acabados los sistemas metafísicos, la ética o filosofía moral se ha reducido al análisis del lenguaje moral, que es la ética crítica. Wittgenstein en una conferencia sobre ética, parte de la explicación de Moore: la ética es la investigación general sobre lo bueno pero Wittgenstein muestra todo lo complejo que es establecer eso bueno. Para el filósofo nuestra paradas expresan solo hechos y la ética, de ser algo, es sobrenatural. Analiza expresiones como bien absoluto y concluye que un característico mal uso de nuestro lenguaje subyace en todas las expresiones éticas y religiosas. En el lenguaje ético y religioso se usan símiles se impone buscar lo que está detrás del simil. La bioética debería salir de la metafísica para asentarla en algo aceptable por todos los científicos.

PALABRAS CLAVE: Wittgenstein, Ética, Bioética

ABSTRACT

Trying to find ethical judgment to the Decalogue suggest ideas that are not accepted by a good part of the humanity, starting from the same existence of God. Therefore it is needed to find more universal foundations that are more rational and critical. Upon those foundations should be established what the humanity calls ethics. When the metaphysical systems are finished, the ethics or moral philosophy has been reduced to the analysis of the moral language, which is the critical ethics.

¹ Escritor, historiador y crítico de arte. Ha desarrollado sus actividades en diversas áreas culturales del quehacer ecuatoriano y latinoamericano. Algunas de sus obras de su vasta producción son: Literatura Precolombina, Literatura del Siglo XVII, Literatura del Siglo XVIII, Cuentos Infantiles y el Nuevo Diccionario Crítico de Artistas Plásticos Ecuatorianos. www.hernanrodriguezcastelo.com y sigridrodriguez@yahoo.com

Wittgenstein in an ethics conference, said as part of the explanation of Moore: ethics is the general investigation upon the good but Wittgenstein shows all the complexity of establishing of what is good. For the philosopher our position only it expresses facts and ethics, as been something supernatural. It analyzes expressions as absolute good and concludes that a bad use characteristic of our language is underlined in all ethics and religious expressions. Simile is used in our ethical and religious language which imposes us to seek for what is behind the simile. The Bioethics should stay out of metaphysics in order to become established into something acceptable for all scientists.

KEY WORDS: Wittgenstein, Ethics, Bioethics

En un artículo sobre las células madre, un obispo que mantiene una columna editorial en uno de los mayores diarios nacionales comenzaba así la discusión del actualísimo tema: Dios en el decálogo ordenó “no matar”. Y aquello pasó de la discusión que era de esperar dada la tribuna a catecismo. Como para que le siguieran los catecúmenos y nadie más.

Porque tal afirmación implicaba cosas o inaceptables o de muy difícil aceptación para una enorme cantidad de humanos. Comenzando por la existencia de Dios, tan problemática para buena parte de la humanidad. Y, aun aceptada la existencia de ese ser supremo, el que los humanos puedan conocerlo, y aquello que para muchos pensantes críticos linda con mito y fábula de ese ser supremo dando unas tablas con preceptos morales a un pueblo.

Así que una discusión de alcance verdaderamente universal sobre ese tema y otros tantos de los que parece depender el futuro del género humano ha de buscar cimientos más universales, más racionales y críticos.

Y esos cimientos son aquellos sobre los que la humanidad ha buscado asentar eso que llamamos **ética**. Es decir, reduciendo la cosa a su pregunta fundamental, que es, a la vez, la última y definitiva: qué es **bueno** y qué es **malo**.

Ha sido buena pregunta para esos ciudadanos que desde la más remota antigüedad han asumido como profesión o quehacer responder interrogantes así, y que, también desde muy remota antigüedad, hemos dado en llamar **filósofos**. (Especie que, ante la inanidad de sus respuestas, me parece que está en proceso de extinción. Acaso esta inminente extinción sea uno de los síntomas de la postmodernidad).

El cavilar de estos curiosos personajes, titulado por ellos mismos -que son hábiles para titular- “filosofía moral”, derribados como castillos de naipes muchos laboriosos sistemas metafísicos, de la Escolástica a Hegel, se ha reducido al análisis del lenguaje moral. Lo que los “filósofos analíticos” han llamado “ética crítica”. La ética, según ellos, ha renunciado a su función de determinar qué es lo bueno y qué lo malo, para reducirse a responder preguntas sobre el significado de los términos mismos **bueno/malo**, y si los juicios “X es bueno” o “Y es malo” son susceptibles de verdad o falsedad.

Pero el sentido común y la necesidad ordinaria de las gentes de saber a qué atenerse cuando de **bueno** o **malo** se trata se pregunta: “¿Tales decisiones de verdad o falsedad, ¿no deben fundarse en algo fuera del lenguaje?”

Y esas gentes del común se confirmarían en lo justo de su elementalísima pregunta si supieran que el mismo fundador de la “ética analítica”, Moore, en su *Principia Ethica* superó simples cuestiones lingüísticas para interesarse por qué cosas son buenas y qué debemos hacer.

Pero la cosa no es tan simple.

Círculo de Lectores ha difundido en nuestro país, en un librito que, flaquito y con su mordoré pasta dura, es casi un bello objeto, una conferencia sobre ética de uno de los filósofos (o pensadores, para no meternos con la especie en extinción) más influyentes de la postmodernidad, Ludwig Wittgenstein. Pues bien, comenzó así:

“Empecemos. Mi tema, como saben, es la ética y adoptaré la explicación que de este término ha dado el profesor Moore en su libro *Principia Ethica*: “La ética es la investigación general sobre lo bueno”

Pero, inmediatamente, Wittgenstein presenta “varias expresiones más o menos sinónimas, cada una de las cuales podría sustituirse por la definición anterior”. Como estas, que equivaldrían (y, por tanto, podrían sustituir) a aquella de “ética es la investigación sobre lo bueno”:

“ética es la investigación sobre lo valioso”

“ética es la investigación sobre lo que realmente importa”

“ética es la investigación acerca del significado de la vida”

“ética es la investigación acerca de aquello que hace que la vida merezca vivirse”

“ética es la investigación sobre la manera correcta de vivir”.

Y concluyó: “Creo que si tienen en consideración todas estas frases se harán una idea aproximada de lo que se ocupa la ética”.

Pero en todas esas expresiones halla un sentido, que denomina trivial o relativo y otro el ético o absoluto.

Y, comparando juicios simplemente relativos con otros que pretenden valor absoluto, halla que en esencia la diferencia es que cada juicio de valor relativo es un mero enunciado de hechos y por tanto puede expresarse de tal forma que pierda toda apariencia de juicio de valor.

Y muestra después que ningún enunciado de hecho puede ser ni implicar nunca un juicio de valor absoluto.

Y Wittgenstein lo explicó así:

Supongan que uno de ustedes fuera una persona omnisciente y, por consiguiente, conociera los movimientos de todos los cuerpos animados o inanimados del mundo y conociera también los estados mentales de todos los seres que han vivido. Supongan además que este hombre escribiera su saber en un gran libro; tal libro contendría la descripción total del mundo.

Este libro, concluye con razón el filósofo, no incluiría nada que pudiéramos llamar juicio ético ni nada que pudiera implicar lógicamente tal juicio, y tanto los hechos como las proposiciones estarían en el mismo nivel, sin nada absoluto.

Nuestras palabras, concluye Wittgenstein, tras algún otro ejemplo igualmente obvio, usadas tal como lo hacemos en la ciencia, son recipientes capaces solamente de contener y transmitir significado y sentido **naturales**.

Y, en cuanto a la ética, “La ética, de ser algo, es sobrenatural y nuestras palabras solo expresan hechos”.

Da un paso más. Ha dicho que “en la medida en que nos refiramos a hechos y proposiciones, solo hay valor relativo, y, por tanto, corrección y bondad relativas”; lo ilustra con un ejemplo.

La carretera correcta es aquella que conduce a una meta determinada. Sin tal meta, carece de sentido hablar de la “carretera correcta”. Sigue el conferencista: “Veamos ahora lo que posiblemente queremos decir con la expresión “la carretera absolutamente correcta”. Creo que sería aquella que, al verla, **todo el mundo** debería

tomar por **necesidad lógica**, o avergonzarse de no hacerlo. Del mismo modo, el **bien absoluto**, si es un estado de cosas describable, sería aquel que todo el mundo, independientemente de sus gustos e inclinaciones, realizaría **necesariamente** o se sentiría culpable de no hacerlo. En mi opinión, tal estado de cosas es una quimera”.

Pero hay quienes hablan del “bien absoluto” y hasta se creen autorizados a prescribir normas amparados por ese bien.

Piensa en ellos, sin duda, nuestro autor cuando se pregunta: “¿qué es lo que tenemos en la mente y qué tratamos de expresar aquellos que, como yo, sentimos la tentación de usar expresiones como “bien absoluto”, “valor absoluto”, etc.?”

Habría que acudir a casos en los que se usaría tales expresiones. Pero, como seguir con el bien no nos ayuda a iluminar la cuestión, Wittgenstein acude a experiencias distintas. A esta, en un primer ejemplo: la experiencia de placer que tengo cuando *me asombro ante la existencia del mundo*.

Pero resulta que, al afirmar “Me asombro ante la existencia del mundo”, estoy usando mal el lenguaje. Uno puede asombrarse ante algo que no es como suelen ser tales seres: un perro de dos metros de alto. Pero mal podemos asombrarnos de la existencia del mundo porque no podemos imaginárnoslo no siendo. Mal uso, pues, de la palabra “existencia” y de “asombrarse”. Y pasa a casos de mal uso de la palabra “seguro”.

¿A dónde apunta el maestro? Nada menos que a esto:

*Quiero convencerles ahora de que un característico mal uso de nuestro lenguaje subyace en **todas** las expresiones éticas y religiosas.*

Decimos “es una buena persona” y decimos “este es un buen jugador de fútbol”. Parece haber una similitud en el uso de “bueno” en los dos casos. Hablamos de “una vida valiosa” y de “un anillo valioso”. Parece haber algún tipo de analogía entre esos dos usos de “valioso”. Pues bien, “todos los términos religiosos parecen utilizarse como símiles o alegorías”.

Cuando hablamos de Dios y de que lo ve todo, y cuando nos arrodillamos y le oramos, todos nuestros términos y acciones se asemejan a partes de una gran y compleja alegoría que le representa como un ser humano de enorme poder cuya gracia tratamos de ganarnos, etc., etc.

Pienso que no cabe dudar de esto. “En el lenguaje ético y religioso constantemente usamos símiles”.

Y entonces ocurre la pregunta decisiva, y Wittgenstein la aborda. No la formula en su fría desnudez, como podía ser: ¿Hay algo que se imponga como realidad detrás del símil? Sino así:

*Pero un símil debe ser símil de **algo**. Y si puedo describir un hecho mediante un símil, debo ser también capaz de abandonarlo y describir los hechos sin su ayuda.*

Y la respuesta que da a la pregunta es esta:

En nuestro caso, tan pronto como intentamos dejar a un lado el símil y enunciar directamente los hechos que están detrás de él, nos encontramos con que no hay tales hechos. Así, aquello que, en un primer momento, pareció ser un símil, se manifiesta ahora un mero sinsentido.

Esa falta de sentido es la esencia misma de esas expresiones, y es lo que las deja fuera del lenguaje significativo. Y -esto no lo dijo el filósofo en su conferencia- ello explica por qué nadie puede convencer científicamente a otro de la validez de esas expresiones éticas o religiosas.

Wittgenstein cerró así su conferencia magistral:

Mi único propósito –y creo que el de todos aquellos que han tratado alguna vez de escribir o hablar de ética o religión- es arremeter contra los límites del lenguaje. Este arremeter contra las paredes de nuestra jaula es perfecta y absolutamente desesperanzado. La ética, en la medida en que surge del deseo de decir algo sobre el sentido último de la vida, sobre lo absolutamente bueno, lo absolutamente valioso, no puede ser una ciencia. Lo que dice la ética no añade nada, en ningún sentido, a nuestro conocimiento. Pero es un testimonio de una tendencia del espíritu humano que yo personalmente no puedo sino respetar profundamente y que por nada del mundo ridiculizaría.

Dibujado este horizonte por uno de los pensadores de mayor influjo en la última parte del siglo XX, nos volvemos a la pregunta con que abrimos estas reflexiones. Y damos con que la Bioética resulta ser precisamente una manifestación de eso que Wittgenstein ha llamado “un testimonio de una tendencia del espíritu humano” y como tal merecedora de respeto profundo.

Pero el considerado el mayor filósofo del siglo XX, pensador que, como hemos visto, saca las grandes cuestiones de las etéreas regiones de la metafísica para asentarlas en algo tan al alcance de cualquier reflexión casi de sentido común, ha encendido un “alerta”: la ética no puede ser una ciencia.

Y es el caso que esta orientación de la ética que se ha llamado “bioética” está manejada, fundamentalmente, por científicos. Entonces, pienso, lo que podría ser una limitación puede constituirse en su fortaleza, y en sus posibilidades de universalidad.

Se parte de la vida. Y la vida es un hecho. Un hecho en cuyas reconditeces aún no ha penetrado suficientemente la ciencia -como, por otra parte, no lo ha hecho en ninguno de los territorios por los que sigue explorando-. Y un hecho sobre el que la ciencia sabe mucho.

Pero, eso mucho que ha llegado la ciencia a conocer sobre la vida, ¿incluye una dimensión ética?

Los flamantes bioéticos, sin pretender esos juicios absolutos sobre cuya legitimidad ha alertado Wittgenstein, pueden ir ensanchando las fronteras de lo que la vida requiere y exige.

No hay un humano que no quiera vivir y vivir mejor. Y, si hubiera alguno que se pusiese fuera de esa voluntad -que sería, en último término, un suicida-, ese tal se pondría, por ello mismo, fuera de los anchos límites de la bioética.